

DIOS PADRE

El material que os proponemos es para vuestro uso. No es para que lo expongáis en catequesis. Pero, como ya hemos dicho, no se puede dar lo que no se tiene. Aprovechadlo como creáis conveniente. Parte de lo que vais a encontrar es para que lo reflexionéis, parte para que lo oréis. Todo es importante, no solamente hacerse cercanos a los chicos, no solamente dominar la técnica de la catequesis. Profundizar en tu experiencia de Dios como Padre te facilitará transmitir este mensaje a los chicos de la catequesis.

1. Padre.

«Padre» es el que deja partir, marchar; es el que da y reparte los bienes; es el que espera siempre y está a la expectativa, que ve venir, esto es, quiere que venga el hijo, hace que venga; es el que corre hacia el hombre, hacia el hijo; es el que se compadece, padece apasionadamente; es el que abraza, besa y acaricia; es el que «no» escucha la confesión, el pasado, aquello ya hecho; «no» culpabiliza, no reprocha, no promueve actos de «reparación» es el que viste al hijo con lo mejor, prepara y dispone la comida y bebida festivas. se alegra con música y danza, celebra al hijo. La alternativa de un Padre bueno a la libertad del hijo no es el castigo, antes bien el perdón.

Deja a los buenos y a los santos y se lanza a la salvación de los extraviados, de la moneda perdida, de la oveja perdida. Éstos tienen comprometida, especialmente a su favor, la palabra, el corazón y las manos de Dios. Al Dios le califican sus entrañas. El ser de Dios se forja y se revela en y por las entrañas de misericordia y compasión. El respeto, la discreción y la ternura del padre del pródigo, sin humillaciones y con fiesta, revelan aspectos nucleares de la revelación. Cuando

[1]

aparece la benignidad, nace algo divino .

[2]

2. Un Dios que es «Padre» al que los hijos le salen revoltosos .

Ha tenido muchos «nombres» nuestro Dios: YHWH (un lío de letras impronunciable para proteger su trascendencia), Dios de los ejércitos (que, por cierto, no se refiere a soldados, sino al sol, la luna, las estrellas, las nubes, los truenos y relámpagos y todo lo que ande por los cielos), el Dios de nuestros padres, el Dios de la Sabiduría, El Dios esposo enamorado, el Santo... y otros muchos. Jesús se quedó con uno: Padre, Abbá.

Los profetas ya habían empezado a profundizar en ese modo de referirse a Dios (aunque para ellos era sólo un modo, un símbolo, no le dan la fuerza que luego le dará el Hijo), y se atreven a hablarnos de un Dios «tierno» al que casi le cuesta enfadarse cuando su hijo Israel hace trastadas. *¿Un azote bien dado? «Pero si es mi hijo querido, mi niño, mi encanto... Cada vez que le reprendo, me acuerdo de ello y se me conmueven las entrañas, y cedo a la compasión» (Jr 31,20).*». De modo que es un Dios «entrañable» como cantará Zacarías, el padre del Bautista, en Lc 1, 78. Le darían ganas más de una vez de cerrar con llave las puertas a este hijo repetidamente

pródigo que derrocha su herencia por los caminos de la vida. Pero no: «¿Cómo podré dejarte, pequeño mío, abandonarte a ti, Israel? Me da un vuelco el corazón y se me revuelven todas las entrañas... los querré sin que lo merezcan» (Os 11,8-9; 14,5). Nuestro Dios tiene corazón, y late a nuestro ritmo, y más de una vez estamos a punto de provocarle algún infarto, porque le ha dado por amarnos «con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas»; por eso, es lógico que espere de nosotros lo mismo (Dt 6,4-5).

A nosotros se nos puede haber estropeado un poco el corazón, o podemos tenerlo atascado de tanto guardar en él sentimientos venenosos. Pero siempre se puede encontrar en él un rastro de bondad. Pues imaginemos el poder que tendrá la misericordia de Dios, sin sombra, sin cansancio, sin guardarse nada para Él. Lo decía Jesús: «Si Vosotros, con lo malos que sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que se las pidan! (Mt 8,11).

3. Padre Nuestro.

[3]

En su *Diario íntimo* Unamuno escribió las siguientes palabras sobre la oración del Padre Nuestro:

Padre nuestro. Padre; he aquí la idea viva del cristianismo. Dios es Padre, es amor. y es Padre nuestro, no mío. « ¡Ay, Dios mío!»

Santificado sea el tu nombre. No se oigan alabanzas más que de Tí, y a Tí se refiera todo, que así habrá paz y morirá la soberbia.

Venga a nos el tu reino, venga a nos, y no vayamos a él. Sin Tu gracia no podemos llegar al reino de la vida eterna y ¿qué es la gracia más que un llevarnos Tú a él ? El Verbo bajó, encarnó en María, y se hizo hombre, para traernos el reino de la vida eterna. No fue la humanidad al Verbo, no ascendió el hombre a Dios, sino que por su aspiración a El, El bajó. Venga a nos, no a mí.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Suprema fórmula de la resignación y de la paz. Así en la tierra, así en el reino de la realidad, como en el cielo, en el reino del ideal.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Hoy, sólo hoy ¿quien es dueño del mañana ? «No os inquietéis por el mañana, ni que (sic) comeréis o beberéis, etc» Vivamos como si hubiésemos de morir dentro de un instante. El socialismo.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Nuestros deudores? Qué nos deben? Esto o aquello, que proviene del Señor. ¿Es mío lo que me deben? Y yo debe todo lo que soy, me debo a mi mismo.

Y no nos dejes caer en la tentación. No confiemos en nuestras propias fuerzas, que quien ama el

peligro en él perece.

Mas líbranos del mal. Es de único que debemos desear ser libres, de lo que el Señor sabe que es nuestro mal, no de lo que creemos nosotros que lo es. Y así no pidamos que nos libre de esto o de aquello, sino que en estas breves palabras, dichas desde el corazón, esté toda súplica libre de deseo impuro y de vana complacencia.

Entre los muchos valores que podemos encontrar en la oración del Padre nuestro está el hecho de que fue la oración que Jesús nos enseñó para dirigirnos a Dios:

Estaba orando Jesús en cierto lugar y, cuando acabó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos. Y él les dijo: cuando oréis decir: Padre, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; danos cada día nuestro pan cotidiano; y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe; y no nos expongamos a la tentación. Lc 11, 1 – 4.

Padre nuestro que estás en el cielo. La absoluta novedad de la oración de Jesús se percibe en la invocación constante de Abbá. El que Jesús se atreviera a dar ese paso significa algo nuevo e inaudito. Él habló con Dios como un hijo con su Padre, con la misma sencillez, el mismo cariño y la misma seguridad. Cuando Jesús llama a Dios Abbá nos revela cuál es el corazón de su relación con Él.

Santificado sea tu nombre. Padre, que tu nombre sea santificado en toda la tierra. Santifícalo Tú, Padre, en nuestra tierra para que nosotros podamos pronunciarlo.

Venga a nosotros tu reino. Manda a nuestro mundo la salvación y danos paciencia en la esperanza. Pon en nuestros labios tus palabras. Llena nuestras manos de tu amor. Que tu Espíritu anime nuestra tierra, que la vida alcance a todo hombre...

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. La voluntad de Jesús fue siempre cumplir la voluntad del Padre. Sus palabras eran las palabras de Dios y sus obras las que él le había encomendado. Que la voluntad de Dios sea también la nuestra para que la tierra le conozca, para que todo hombre conozca el testimonio de Cristo resucitado que vence a la muerte y establece la vida.

Danos hoy nuestro pan de cada día. Da pan a los hambrientos, que no les falte el bocado de cada día. Abre el corazón de los ricos y la esperanza de los pobres. Danos tu palabra y fortaleza para decirla a los hombres sin falsearla. Danos tu pan que es nuestro alimento, danos el pan que sacie nuestro hambre.

Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Hemos sido nosotros quienes hemos creado las fronteras y establecido las distancias. Perdónanos Padre. Hemos ocultado la luz, hemos creído que tu Reino era nuestra propiedad privada. Perdona, Padre, nuestro egoísmo y enséñanos a amar.

No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.



AMÉN. *Emuná* es el término que utilizaban los hebreos para referirse a la verdad. Terminar una oración con el amén significa reconocer que eso que hemos dicho es verdadero. Eso quiere decir que creemos en las palabras que hemos pronunciado. Decir *amén* es decir *así es, así lo creo, así debe ser*.

[1]

Bartolomeu BENASSAR. *Proclamar al Resucitado... Sígueme*.

[2]

Enrique Martínez. *Dios deformado*. CCS, Madrid, 2000. pp. 161 - 162

[3]

Miguel de Unamuno. *Diario Íntimo*. Alianza, Madrid, 1991. pp. 19 – 20.